



William
Gibson

Quemando Cromo

Este volumen reúne los primeros cuentos de William Gibson, publicados originalmente en antologías y revistas especializadas. La mayoría de ellos estuvieron nominados para los principales premios del género (Hugo, Nebula, Locus). Dos de estos cuentos, *Quemando Cromo* y *Johnny Mnemónico* (origen de la película del mismo nombre protagonizada por Keanu Reeves en 1995), tienen como escenario el mismo universo de *Neuromante*, que se convertirá en el referente estético y tecnológico del movimiento ciberpunk y será el mundo decadente y post-apocalíptico en el que se desarrollan las obras principales de Gibson: *Conde Cero*, *Mona Lisa acelerada*, *Luz virtual*, *Idoru* y *Todas las fiestas de mañana*.

*A Otey Williams Gibson, mi madre, y a Mildred
Barnitz,
amiga auténtica y querida de ella y mía, con amor*

Prefacio

Si los poetas son los legisladores no reconocidos del mundo, los escritores de ciencia ficción son sus bufones de corte. Somos Payasos Sabios que podemos saltar, dar cabriolas, hacer profecías y rascarnos en público. Podemos jugar con Grandes Ideas porque el extravagante colorido de nuestros orígenes de revista barata nos hacen parecer inofensivos.

Y los escritores de ciencia ficción tenemos siempre la posibilidad de retozar alegremente: ejercemos influencia sin tener responsabilidades. Son muy pocos los que se sienten obligados a tomarnos en serio; y no obstante, nuestras ideas se filtran en la cultura, la recorren, burbujeantes, invisibles, como una radiación de fondo.

Con todo, la triste verdad del asunto es que la ciencia ficción no ha mostrado mucha alegría últimamente. Todas las formas de cultura popular atraviesan depresiones; pescan un resfriado cada vez que la sociedad estornuda. Que la ciencia ficción de los setenta haya sido confusa, autorreflexiva y rancia, es motivo de poca sorpresa.

Pero William Gibson es uno de nuestros mejores heraldos de un tiempo mejor.

Su breve trayectoria ya lo ha consolidado como un incuestionable escritor de los ochenta. Su asombrosa primera novela, *Neuromante*, que barrió con todos los premios del género en 1985, reveló la incomparable capacidad de Gib-

son para identificar con precisión los nervios sociales. El efecto fue galvánico, y ayudó a despertar al género de su sopor dogmático. Interrumpida su hibernación, la ciencia ficción está abandonando su caverna para salir a la fulgurante luz solar del moderno *zeitgeist*. Y estamos flacos y hambrientos y no del mejor humor. De ahora en adelante las cosas van a ser diferentes.

La colección que tiene usted ahora en las manos contiene todas las obras cortas que Gibson ha publicado hasta el momento. Es una rara oportunidad para ver el desarrollo asombrosamente rápido de un escritor de estatura mayor.

El rumbo que se había propuesto ya era visible en su primer relato publicado, «Fragmentos de una rosa holográfica», de 1977. Las señas de Gibson ya estaban presentes: una compleja síntesis de la cultura popular moderna, *high tech*, y una técnica literaria avanzada.

El segundo cuento de Gibson, «El continuo de Gernsback», nos lo revela apuntando conscientemente a la tambaleante figura de la tradición de la ciencia ficción. Es una devastadora refutación de la «*scientifiction*»^[1] en su aspecto de tecnolatría estrecha. Vemos aquí a un escritor que conoce sus raíces y se prepara para una reforma radical.

Gibson encontró su molde con la serie del *Sprawl*: «Johnny Mnemónico», «Hotel New Rose», y el increíble «Quemando Cromo». La aparición de estos relatos en la revista *Omni* mostró un nivel de concentración imaginativa que hizo subir las apuestas por el género en su conjunto. Estos relatos, barrocos, densamente cargados, merecen varias lecturas por su filosa, oscura pasión, y por la intensidad de sus detalles.

El triunfo de estas historias radica en la evocación, brillante y autónoma, de un futuro creíble. Es difícil sobreestimar la dificultad de un esfuerzo semejante, esfuerzo que muchos escritores de ciencia ficción han eludido durante años. Tal fracaso intelectual da cuenta de la ominosa proliferación de relatos postapocalípticos, fantasías de espada y

brujería, y esos omnipresentes culebrones en los que imperios galácticos degeneran cómodamente en barbarie. Todos esos subgéneros son producto de la urgente necesidad de los escritores de evitar enredarse con un futuro realista.

Pero en las historias del *Sprawl* vemos un futuro que es reconocible y dolorosamente extraído de la condición moderna. El enfoque es multifacético, sofisticado, global. Nace de un nuevo conjunto de puntos de partida: no de la gastada fórmula de robots, naves espaciales y el milagro moderno de la energía atómica sino de la cibernética, la biotecnología y la telaraña de comunicaciones, por nombrar algunos.

Las técnicas extrapolativas de Gibson son las de la clásica ciencia ficción dura, pero la demostración que hace de ellas es pura New Wave. Más que los acostumbrados tecnócratas sin pasión y los coriáceos Hombres Competentes de la ciencia ficción dura, sus personajes son una tripulación pirata de perdedores, buscavidas, parias, marginados y lunáticos. Vemos ese futuro desde abajo, tal como se vive, no como una mera y árida especulación.

Gibson pone punto final a ese fértil arquetipo gernsbakiano, Ralph 124C41+, un tecnócrata *light* encerrado en su torre de marfil, que derrama las bendiciones de la superciencia sobre el populacho. En la obra de Gibson nos encontramos en las calles y los callejones, en un reino de sudorosa, tensa supervivencia, donde lo *high tech* es un incesante zumbido subliminal, «como un perverso experimento de darwinismo social, ideado por un investigador aburrido que mantuviese el dedo permanentemente apretado en el botón de avance rápido».

La Ciencia Grande de este mundo no es una fuente de pintorescos prodigios a lo Mister Mago, sino una fuerza omnipresente, que todo lo invade, incuestionable. Es una sábana de radiación mutagénica que se extiende sobre las multitudes, un atestado Bus Global que sube rugiendo como una fiera por una pendiente exponencial.

Estos relatos pintan un retrato instantáneamente reconocible de la situación moderna. Las extrapolaciones de Gibson muestran, con exagerada claridad, la masa oculta de un iceberg de cambio social. Este iceberg se desliza ahora con siniestra majestuosidad sobre la superficie de las postrimerías del siglo veinte, y sus proporciones son tenebrosas e inmensas.

Muchos autores de ciencia ficción, enfrentados a este monstruo acechante, han levantado las manos y vaticinado el naufragio. Aunque nadie puede acusar a Gibson de ver las cosas color de rosa, él ha evitado esta salida fácil. He aquí otra marca distintiva de la emergente nueva escuela de los ochenta: su hastío del apocalipsis. Gibson no pierde mucho tiempo en agitar el dedo o estrujarse las manos. Mantiene los ojos decididamente abiertos y, como ha señalado Algis Budrys, no teme el trabajo intenso. Son virtudes capitales.

Hay otra señal que presenta a Gibson como parte de un nuevo y creciente consenso en la ciencia ficción: la facilidad con que colabora con otros escritores. Tres de esas colaboraciones honran esta colección. «La especie» es un raro manjar, una oscura fantasía en la que bulle un lunático surrealismo. «Estrella roja, órbita de invierno» es otro relato del futuro cercano que cuenta con un trasfondo auténtico y apasionadamente detallado; con el punto de vista multicultural típico de la ciencia ficción de los ochenta.

«Combate aéreo» es una obra de eficacia feroz, brutalmente retorcida, con la clásica combinación gibsoniana de bajos fondos y *high tech*.

En Gibson oímos el sonido de una década que ha encontrado finalmente su propia voz. No es un revolucionario fervoroso, sino un reformista práctico. Está abriendo los estancos corredores del género al aire fresco de la nueva información: la cultura de los ochenta, con su extraña, creciente integración de tecnología y moda. Siente debilidad por los más raros e inventivos afluentes de la corriente prin-

principal de la literatura: Le Carré, Robert Stone, Pynchon, William Burroughs, Jayne Anne Phillips. Y es un devoto de lo que J. G. Ballard ha llamado lúcidamente «literatura invisible»: ese penetrante flujo de informes científicos, documentos gubernamentales y publicidad especializada que conforma nuestra cultura por debajo del nivel de reconocimiento.

La ciencia ficción ha sobrevivido a un largo invierno alimentándose con la grasa corporal acumulada. Gibson, junto a una amplia ola de nuevos escritores, inventivos y ambiciosos, ha agujoneado el género hasta despertarlo y ponerlo en marcha, en busca de una nueva dieta. Eso nos hará mucho bien a todos.

BRUCE STERLING

Johnny Mnemónico

metí el arma en un bolso de mano Adidas y la envolví con cuatro pares de medias de tenis; no era en absoluto mi estilo, pero eso era lo que yo buscaba: si piensan que eres bruto, sé técnico; si piensan que eres técnico, sé bruto. Soy un muchacho muy técnico. Así que resolví hacerme lo más grosero posible. Hoy día, sin embargo, tienes que ser muy técnico hasta para aspirar a la grosería. Tuve que moldear con un torno las dos balas de latón calibre doce, y luego cargarlas yo mismo; tuve que buscar una vieja microficha con instrucciones para la carga manual de cartuchos; tuve que fabricar una prensa de palanca para asentar los detonadores: todo muy complicado. Pero sabía que funcionarían.

La reunión estaba programada en el Drome a las 23:00, pero seguí en el metro hasta tres paradas después de la estación más cercana y regresé caminando. Procedimiento impecable.

Verifiqué mi aspecto en la pared cromada de un quiosco de café, un típico caucasiano de rostro astuto y una cresta de pelo tieso y oscuro. En el Bajo el Cuchillo las chicas estaban con la fiebre de Sony Mao, y se hacía difícil impedir que agregasen la elegante insinuación de pliegues epitélicos. Aquello tal vez no engañase a Ralfi Face, pero podría llevarme hasta cerca de su mesa.

El Drome consta de un solo espacio angosto, con una barra a un lado y mesas al otro, atiborrado de rufianes y tratantes, y un misterioso surtido de traficantes. Aquella noche estaban en la puerta las Hermanas del Perro Magnético, y no me atraía la idea de tener que pasar junto a ellas al salir si las cosas no llegaban a marchar bien. Medían dos metros de altura y eran delgadas como galgos. Una era negra y la otra blanca, pero aparte de eso eran casi tan idénticas como la cirugía cosmética las había podido hacer. Eran amantes desde hacía años, y tenían fama de violentas. Nunca supe con certeza cuál de las dos había sido varón en un principio.

Ralfi estaba sentado a la mesa de siempre. Me debía un montón de dinero. Yo llevaba cientos de megabytes guardados en la cabeza, en una base informática del tipo idiota/sabio, a la que no tenía acceso consciente. Ralfi me la había dejado allí. Sin embargo, nunca había vuelto para buscarla. Sólo Ralfi podía recuperar la información, con una frase código inventada por él mismo. Para empezar, no soy barato, pero el precio de mis horas extras como depósito es astronómico. Y hacía tiempo que Ralfi brillaba por su ausencia.

Entonces oí decir que Ralfi me quería dar un contrato. Quedé en encontrarme con él en el Drome, pero concerté la cita bajo el nombre de Edward Bax, importador clandestino, recién llegado de Río y Beijín.

El Drome apestaba a negocios, un olor metálico de tensión nerviosa. Los musculosos camorrones, dispersos entre la multitud, se flexionaban partes abultadas unos frente a otros y ensayaban sonrisas estrechas y frías; algunos estaban tan perdidos bajo superestructuras de injertos musculares que sus rasgos no eran verdaderamente humanos.

Disculpen. Disculpen, amigos. Es sólo Eddie Bax, Rápido Eddie el Importador, con su bolso de gimnasio profesionalmente soso, y por favor no se fijen en esta abertura,

apenas lo bastante amplia para meter por ella la mano derecha.

Ralfi no estaba solo. Ochenta kilos de carne rubia californiana se apoyaban en actitud de alerta en la silla de al lado, artes marciales escritas por todo el cuerpo.

Rápido Eddie Bax se había sentado frente a ellos antes de que las manos del montón de carne se hubieran separado de la mesa.

—¿Eres cinturón negro? —pregunté prontamente. Él asintió; ojos azules que realizaron una exploración automática entre mis ojos y mis manos—. Yo también —dije—. Tengo el mío aquí en el bolso. —Metí la mano por la abertura y quité el seguro. Clic—. Cañón doble de calibre doce con los gatillos unidos.

—Eso es un arma —dijo Ralfi, poniendo una mano gorda y moderadora sobre el tenso pecho de nailon azul de su muchacho—. Johnny tiene un arma de fuego antigua en el bolso. —Al diablo con Edward Bax.

Supongo que siempre había sido Ralfi Fulano o Mengano, pero debía ese apodo adquirido a una singular vanidad. Con cuerpo de pera demasiado madura, había lucido durante veinte años el antaño famoso rostro de Christian White: Christian White de la Banda Aria de Reggae, el Sony Mao de su generación, y campeón último del rock racial. Soy un genio de la banalidad.

Christian White: rostro clásico del pop, con la alta definición muscular de un cantante, pómulos cincelados. Angelical en un sentido, bellamente depravado en otro. Pero eran los ojos de Ralfi los que vivían bajo aquel rostro, ojos pequeños y fríos y negros.

—Por favor —dijo—, resolvamos esto como hombres de negocios. —El tono de su voz era de una horrible sinceridad prensil, y las comisuras de su hermosa boca de Christian White estaban siempre húmedas—. Este Lewis —dijo, señalando al chico de carne con la cabeza— es una albón-

diga. —Lewis encajó aquello impávido, con aire de algo armado con piezas.

—Tú no eres una albóndiga, Johnny.

—Claro que lo soy, Ralfi, una albóndiga atiborrada de implantes donde puedes almacenar tu ropa sucia mientras buscas gente que me mate. Por lo que hay en este lado del bolso, Ralfi, se diría que tienes algo que explicar.

—Es esta última hornada de productos, Johnny. —Soltó un suspiro profundo—. En mi papel de corredor...

—De traficante —corregí.

—Como corredor, tengo mucho cuidado en lo relativo a fuentes.

—Tú sólo les compras a los que roban lo mejor. Entiendo.

Volvió a suspirar.

—Trato —dijo fatigosamente— de no comprarles a locos. Esta vez lo he hecho, me temo. —El tercer suspiro fue una seña para que Lewis activara el disociador neural que habían pegado bajo mi lado de la mesa.

Puse toda mi fuerza en doblar el dedo índice de la mano derecha, pero fue como si ya no estuviese conectado a él. Sentía el metal del arma y el acolchado de goma espuma con que había envuelto la culata corta, gruesa; pero mis manos eran de cera fría, distantes e inertes. Esperaba que Lewis fuese una verdadera albóndiga, bastante obtuso como para ocuparse del bolso y quitarme el dedo del gatillo, pero me equivoqué.

—Hemos estado muy preocupados por ti, Johnny. Muy preocupados. Verás, lo que tienes ahí es propiedad de los Yakuza. Se los robó un loco, Johnny. Un loco de atar.

Lewis soltó una risita.

Entonces todo cobró sentido, un horrible sentido, como bolsas de arena húmeda que se apilaban alrededor de mi cabeza. Matar no era el estilo de Ralfi. Ni siquiera Lewis pertenecía al estilo de Ralfi. Pero había quedado atrapado entre los Hijos del Crisantemo de Neón y algo que les per-

tenecía; o, lo que quizá era aún más probable, algo de ellos que pertenecía a algún otro. Ralfi, naturalmente, podía usar la frase código para volverme idiota/sabio, y yo arruinaría su programa sin recordar ni una sola nota. Para un traficante como Ralfi, por lo general eso habría sido suficiente. Pero no para los Yakuza. Los Yakuza sabrían lo de los Calamares, por una parte, y no iban a molestarse en que alguien me sacara de la cabeza aquellas huellas tenues y permanentes de su programa. Yo no sabía gran cosa de los Calamares, pero había oído historias, y me cuidaba mucho de no repetírselas nunca a mis clientes. No, a los Yakuza no les gustaría eso; se parecía mucho a una prueba. No habían llegado a donde estaban dejando pruebas por ahí. O vivos.

Lewis sonreía. Creo que se estaba representando un punto justo detrás de mi frente, e imaginando cómo podría llegar hasta él por las malas.

—Eh, vaqueros —dijo una voz suave, femenina, desde algún lugar detrás de mi hombro derecho—, no parecen estar pasándola muy bien que se diga.

—Fuera, perra —dijo Lewis, la cara bronceada muy quieta. Ralfi no tenía expresión.

—Cálmate. ¿Me quieres comprar base de la buena? — Apartó una silla y se sentó antes de que ninguno de ellos se lo impidiese. Apenas entraba en mi campo visual: una muchacha delgada con lentes espejados, el pelo oscuro, áspero y corto. Llevaba una chaqueta de cuero negro abierta sobre una camiseta cruzada en diagonal por rayas rojas y negras—. A ocho mil el gramo.

Lewis bufó exasperado, y trató de derribarla de la silla de un manotazo. Por alguna razón no consiguió tocarla; la mano de ella se levantó y pareció rozarle la muñeca al pasar. Un chorro de sangre brillante salpicó la mesa. Lewis se apretó la muñeca con fuerza; la sangre se le escapaba entre los dedos.

Pero ¿no tenía ella las manos vacías?

Lewis iba a necesitar un grapador de tendones. Se levantó cuidadosamente, sin molestarse en apartar la silla. La silla cayó hacia atrás y él salió de mi línea visual sin decir una palabra.

—Debería buscarse un médico que le mirara eso —dijo la chica—. Es un corte de los feos.

—No tienes idea —dijo Ralfi, con voz repentinamente cansada— de lo profundo que es el pozo de mierda en que te acabas de meter.

—¿De veras? Misterio. Me emocionan los misterios. Por qué estará tan callado tu amigo, por ejemplo. O para qué será esta cosa que tengo aquí —y levantó la pequeña unidad de control que de algún modo le había quitado a Lewis. Ralfi parecía enfermo.

—Tú, eh... tal vez quieras un cuarto de millón por darme eso e irte a dar un paseo. —Lewis alzó una mano gorda y se acarició nerviosamente el rostro pálido, delgado.

—Lo que yo quiero —dijo la chica, chasqueando los dedos de modo que la unidad se puso a girar y brillar— es trabajo. Un trabajo. Tu muchacho se hizo daño en la muñeca. Pero un cuarto de millón bastará como anticipo.

Ralfi exhaló explosivamente y comenzó a reírse, dejando al descubierto dientes que no habían sido conservados de acuerdo con la norma Christian White. Entonces la chica apagó el disociador.

—Dos millones —dije.

—Ése es mi hombre —dijo ella, y echó a reír—. ¿Qué hay en el bolso?

—Un arma.

—Qué grosero. —Bien pudo ser un cumplido.

Ralfi no dijo nada.

—Me llamo Millones. Molly Millones. ¿Qué le parece si salimos de aquí, jefe? La gente empieza a mirar. —Se puso de pie. Llevaba pantalones de cuero color sangre seca.

Y vi por primera vez que los lentes espejados eran implantes quirúrgicos; la plata se alzaba suavemente desde

los pómulos y le sellaba los ojos en el interior de los zócalos. Vi mi nueva cara reflejada dos veces.

—Yo soy Johnny —le dije—. El señor Face viene con nosotros.

Estaba afuera, esperando. Con un aire estándar de turista tech, en pantalones cortos de plástico y una absurda camisa hawaiana estampada con ampliaciones del microprocesador más conocido de su empresa; un hombrecito apacible, de los que con toda seguridad terminan borrachos de salce en algún bar donde se sirve arroz tostado con algas marinas. Tenía el aspecto del que canta el himno de la empresa y llora, el que estrecha interminablemente la mano del barman. Rufianes y traficantes lo verían como un conservador innato, y lo dejarían en paz. No daba para mucho, y cuando hiciese algo sería cuidadoso con su cuenta.

Como luego imaginé, seguramente le habrían amputado parte del pulgar izquierdo, poco antes de la primera articulación, y se lo habrían reemplazado por una punta protésica, rellenándole el muñón y acoplándole una bobina y un cuenco diseñados según uno de los análogos romboides de la Ono-Sendai. Luego habrían enrollado cuidadosamente la bobina con tres metros de filamento monomolecular.

Molly se puso a conversar de algo con las Hermanas del Perro Magnético, lo que me permitió apresurar a Ralfi hacia la salida, presionándole la base de la columna con el bolso de gimnasia. Molly parecía conocerlas. Oí que la negra reía.

Miré hacia arriba, por algún reflejo pasajero, tal vez porque nunca me he acostumbrado a eso, a los elevados arcos de luz y a las sombras de las geodésicas de más arriba. Tal vez eso me salvó.

Ralfi siguió caminando, pero no creo que estuviese tratando de escapar. Creo que ya se había rendido. Era proba-